

Fernando Aguerre Core
Director de *Humanidades*

PROEMIO

Acerca de la verdad, la mentalidad universal y la historia

Humanidades ■ 9

El 6 de octubre de 2002, fue canonizado Josemaría Escrivá de Balaguer en la Plaza de San Pedro. Desde aquella fecha hasta la publicación de este nuevo ejemplar de **Humanidades**, ha pasado un año en el que no fue posible encontrarnos con nuestros lectores. Josemaría Escrivá de Balaguer fue un humanista del siglo XX. Poseía esa rara

capacidad que es posible encontrar en algunos hombres, de ser extraordinariamente humanos y tener, al mismo tiempo, la mirada puesta en las cosas eternas. Fue hombre de inteligencia poco común, con un amor decidido por la universidad. Su mensaje y su vida están inscriptos en el espíritu de la Universidad de Montevideo.

No pocas veces la verdad puede ser *inverosímil*, afirma Josemaría Escrivá¹. La experiencia diaria se encarga de

confirmar ese dictamen, y lo hace con frecuencia mayor de lo que desearíamos. Cada vez que nos resistimos a

¹ Cfr. Escrivá de Balaguer, Josemaría, *Surco* No. 568, 2ª edición, RIALP, Madrid, 1986.

aceptar la verdad, o cuando actuamos como si la verdad no fuese tal, la hacemos inverosímil. Lo que ocurre, en realidad, es que la verdad "*siempre exige coherencia de vida*"², y –en ocasiones– esta coherencia falta. Una persona capaz de defender la verdad en un plano abstracto, puede –en una situación concreta– sostener con su comportamiento un postulado abiertamente contrario. Es preciso admitir que la verdad puede molestar y hasta ser objeto de rechazo. Las consecuencias de esas decisiones equivocadas están en la raíz de muchos desórdenes.

Si actuar según la conformidad entre la inteligencia y el ser es deseable para cualquier persona, también lo es para una institución y, especialmente, para la universidad: es imprescindible que ésta se fundamente en la coherencia institucional que, al menos, presupone la coherencia personal de quienes enseñan y de quienes aprenden, es decir, de los que hacen la universidad. Los miembros de una universidad se comprometen de alguna manera a

buscar la verdad y ahondar en ella hasta sus últimas consecuencias. ¿Acaso es otra cosa, más allá de objetivos próximos de eficacia técnica, lo que la sociedad tiene derecho a esperar de esta institución? Y sin esa adhesión a la verdad, ¿cómo podría servir a la sociedad?

El conocimiento de la verdad implica trabajo; la labor de un universitario es ardua. No porque la verdad sea inaccesible –que no lo es, sino porque impone sus condiciones. Una de ellas es que quien quiera conocer la verdad deberá esforzarse por poseer una mentalidad universal. Con cuatro características trazaba esta mentalidad Josemaría Escrivá. La primera, "*amplitud de horizontes...*"; la segunda, un "*afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia*"; la tercera, una "*cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos*"; finalmente, la cuarta –explica– es "*una actitud positiva y abierta, ante la transfor-*

² Ibidem

mación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida"³. Las dos primeras características que menciona Escrivá en la cita anterior nos sugieren algunas breves reflexiones. Antes de pasar a ellas, digamos que no agotan el tema; al contrario, esperan estimular otros puntos de vista.

La *amplitud de horizontes* nos parece, sobre todo, una disposición interior. Resulta fácil percibir su necesidad cuando está ausente: no tiene esa amplitud de horizontes el que es incapaz de ver y escuchar al otro; o, también, aquel que se cierra sobre sí mismo construyendo un mundo de dogmas en lo opinable. No tiene esa amplitud el que no va más allá de sus gustos y preferencias, o los de su pequeño grupo. La amplitud de horizontes, la concebimos como una especial generosidad a la hora de pensar y de actuar; por eso exige renunciaciones. Esta es una tarea para todos, también para los universitarios, a quienes se nos puede exigir más, porque es indudable que todos podemos dar más y, frecuentemente,

debemos dar más⁴. La mentalidad universal no puede quedarse en una relativa conciencia de globalidad, es mucho más que eso. Se trata de hacer el esfuerzo diario de no vivir al margen de la gran familia humana. Esta amplitud de horizontes es imprescindible para quien quiera ponerse en camino de conocer la verdad y no quedar aferrado a un conocimiento parcial de las cosas.

Las llamadas disciplinas humanísticas –en particular la filosofía y la historia– tienen hoy, en el arranque de este tercer milenio, más vigencia que un siglo atrás. Ocurría entonces que el mundo asombrado intentaba procesar –lo sigue haciendo todavía– los cambios que el avance científico traía aparejados. En el presente, esas transformaciones siguen ocurriendo y a un ritmo más vertiginoso aún. No obstante, existe una conciencia pública creciente de que las transformaciones tienen que estar al servicio de la persona y de la familia. El progreso humano debe ir acompañado de los valores

³ Surco, N° 468.

⁴ Surco, N° 13.

que dan sentido a la vida del hombre y a su fin último. No se legisla, no se construye un espacio para ser habitado, no se fabrica una máquina ni se resuelve un problema de economía, no se administra, no se cura ni se juzga, con prescindencia del hombre y de la sociedad.

Las disciplinas que hacen posible conocer mejor al hombre tienen hoy una aplicabilidad mayor de lo que puede pensarse, y el momento que vivimos las hace tan necesarias como nunca lo fueron antes. Por esta razón, es aconsejable atender seriamente a la *renovación del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia*. En el caso de esta última disciplina, a la que nos queremos referir particularmente, tal renovación importa porque la historia refleja el hambre de valores que experimentan en el presente grandes sectores de la sociedad. Porque su objeto es el hombre total y no un fósil, la historia mantiene el interés actual de las personas. Al mismo tiempo, la historia siempre ha sido una escuela de sabiduría

humana práctica, de ahí la trascendencia que tiene la renovación de esta ciencia.

El punto de partida de una nueva manera de hacer historia debe estar en la lucha contra la óptica impuesta desde las fuentes ⁵. No es nuevo, pero aún cuesta entenderlo: el hecho histórico no está tanto en los datos que las fuentes proporcionan al investigador, como en su construcción a partir de esos datos ⁶. Por eso es necesario atender la formación del historiador, para que en su trabajo pueda recorrer sin obstáculos el camino de la verdad. Enseña M. Bloch que la historia es la ciencia de los hombres en la sociedad de los tiempos, en el cambio ⁷. El objeto de la historia son los hombres y las mujeres con todo su ser y en todos los campos posibles (vida cotidiana, vida material, técnica, economía, sociedad, creencias religiosas, ideas, política...). Por consiguiente, el objeto de la historia son las decisiones libres de las personas. Es el vasto escenario de la denominada historia total o global, que nos previene contra el peligro de la excesiva

⁵ Véase Jacques Le Goff, "Dibattito storiografico, LA STORIA OGGI", Dimensioni e problemi della ricerca storica, 2/2000, citando en especial a Paul Veyne..

⁶ Jacques Le Goff, "Dibattito storiografico, LA STORIA OGGI", Dimensioni e problemi della ricerca storica, 2/2000.

⁷ Jacques Le Goff, "Dibattito storiografico, LA STORIA OGGI", Dimensioni e problemi della ricerca storica, 2/2000.

va especialización. La historia global no se confunde con la historia universal, porque desde el punto de vista metodológico parte –como ha propuesto J. Le Goff– de un objeto globalizante o de un objeto problema⁸. La construcción del hecho histórico no debe resignar ninguna dimensión porque eso supondría dejar fuera una parte de la realidad.

El desafío que tienen los historiadores es, justamente, comprometerse con la realidad. Lo real es el objeto de la ciencia, también de la historia. Para lograrlo, el historiador debe reconstruir el hecho histórico con los datos que posee, pero siempre con la guía de su discernimiento. La historia nos ofrece cuadros con luces y sombras, no sólo con luces ni sólo con sombras. Cuando miramos la historia, advertimos que no es una línea recta, que no obedece a esquemas teóricos y a causalidades categóricas. No se sostiene ya el mito del progreso indefinido e indefectible, porque la historia es siempre el resultado de la libertad humana. Si avanzamos por este camino, distinguimos también que más allá de los acontecimientos que el hombre resuelve exis-

te un factor imponderable –una dimensión no disponible– que los hombres que creemos en Dios identificamos con la voluntad divina. Al rescatar esta dimensión podemos superar la visión positivista en la que el progreso ciego reemplazaba a la providencia. La historia se entreteje de esta manera con la libertad del hombre y la voluntad divina. Así, nos aproximamos a una óptica de renovación de la historia, a la que queremos contribuir. Si logramos eludir los abordajes mezquinos y la simple acumulación de datos, estaremos en condiciones de seguir un camino que nos ofrezca mayores garantías de certeza en la investigación histórica. A modo de conclusión, unas palabras del Papa Juan Pablo II señalan la orientación de las nuevas interpretaciones que precisamos: *“La historia no es simplemente un progreso necesario hacia lo mejor, sino más bien un acontecimiento de libertad, más aún un combate entre libertades que se oponen entre sí...”*⁹.

Los comentarios del proemio proceden de una lectura posible de las ideas que el nuevo santo dejó en su libro *Surco*. No hemos pretendi-

⁸ Así lo planteaba ya la Escuela de los Anales.

⁹ Juan Pablo II, Exh. Apostólica “Familiaris Consortio”, 22 de noviembre de 1981.

do explicar esas ideas ni agotar la fecundidad del pensamiento de su autor. El único propósito ha sido

testimoniar con *mentalidad universal* el homenaje a un universitario santo, *enamorado de la verdad.* 🇨🇺